UCLA
Mester

Title

La organización narrativa de la Historia verdadera de Bernal Díaz del Castillo

Permalink

https://escholarship.org/uc/item/2dh6m98x

Journal

Mester, 18(2)

Author

Pellicer, Rosa

Publication Date

1989

DOI

10.5070/M3182014077

Copyright Information

Copyright 1989 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at https://escholarship.org/terms

Peer reviewed

eScholarship.org Powered by the California Digital Library
University of California

Mester, Vol. xviii, No. 2 (Fall, 1989)

La organización narrativa de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo

A partir de los estudios dedicados en este siglo a la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, parece incuestionable su calidad literaria, además del indudable valor histórico que posee. Por otra parte, la historia ha sido considerada como un "artefacto literario", entre otros, por R. D. Collingwood, y H. White (81–100). No obstante Roland Barthes cuestiona la legitimidad de contraponer la ficción al relato histórico. Es sabido que la distinción entre historia y ficción era todavía más compleja en los siglos XV y XVI. Los estudiosos no han dejado de señalar la confusión existente entre historia y libros de caballerías, que se presentaban a los lectores como historia, término que se aplicaba indistintamente a lo que se podría llamar relato verídico y ficticio. La diferencia parecía residir en la presencia del componente fabuloso; no obstante no era fácil distinguir entre ambos en este momento en el que la historia incorporaba gran número de elementos novelados y el relato ficticio otorgaba a su obra un carácter didáctico-doctrinal propio de la historia, a la vez que presentaba sus hechos fabulosos como reales.

El interés por distinguir entre ficción e historia también había sido puesto de manifiesto por Montalvo en el prólogo al *Amadís*, donde distingue tres categorías dentro del género de la historia, según la presencia de lo verdadero y lo fingido. Así, tenemos la historia de afición, "las antiguas historias de los griegos y los troyanos", hechas para conmemorar a hombres por quienes sintieron afición sus autores y para que "fuessen en grande admiración"; las historias de Tito Livio de "más convenible crédito", en las que está ausente lo maravilloso; y las "historias fengidas en que se hallan las cosas admirables fuera de la orden de natura, que más por nombre de patrañas que de crónicas con mucha razón deven ser tenidas y llamadas.", en las cuales no hay rastro de verdad (Rodríguez de Montalvo, 221–3). Como señala J. D. Fogelquist (13–14), dentro de su sistema de clasificación de la historia, Montalvo establece una jerarquía: la

historia verdadera es la categoría de más prestigio y la fingida la de menos. Como un eco de estas reflexiones encontramos en Bernal Díaz cuando afirma en su prólogo que lo que va a contar "no son cuentos viejos, ni historias de Romanos de más de setecientos años" (3). Lo que se cuenta es "muy verdadero", por increíble que parezca. Pero lo mismo hacían los autores de libros de caballerías. Como dice el anónimo autor del *Platir* (1533), el hecho de "ser los cuentos tan grandes que causen admiración no por esso han de ser tenidos por mentirosos". Además de nombrar al Cid, dice "y los que el día de oy passan en el exercicio de armas entre españoles y otras cualquier naciones en la Italia y Indias por mar y tierra: no nos parecerán estas obras de creer". Como ha señalado Irving A. Leonard, era inevitable que existiesen interacciones entre los hechos históricos y la literatura de creación, entre lo real y lo imaginario, engendrando cierta confusión en la mente de todos (43).

Bernal Díaz escribe una crónica verdadera, queriendo apartarse tanto de las historias fingidas como de otras crónicas sobre la conquista de la Nueva España, en concreto la de Gómara. Su concepto de la verdad histórica se basa en la verdad de lo visto y lo vivido, frente a los historiadores que escriben "por relación". Este tipo de concepción de la historia desde Heródoto y Tucidides, se caracteriza por la proximidad temporal a los hechos narrados, lo que garantiza su fiabilidad y credibilidad, y se mantiene más cerca de la realidad empírica de los hechos individuales (Frankl). Esta idea tuvo un gran desarrollo en los historiadores de Indias, que limitaron la historiografía legítima a lo visto y lo vivido por el mismo historiador o a lo averiguado por él mediante un fidedigno testigo ocular de los acontecimientos. Este criterio de verdad se difundió tanto que entra como pretexto en la novela y en la épica. Se trata de la antigua asociación entre "ojo" e "historia", la *autopsia* de los griegos (Hartog 71-89; Lozano 15-39).

Frente a un concepto aristocráctico de la historia, Bernal opone un concepto "popularista", en expresión de R. Iglesia (61 y ss), que además de un punto de vista diferente, lleva consigo un estilo distinto, tema que se convierte también en tópico en Fernández de Oviedo, por citar un caso. Al estilo elegante de los humanistas se opone el que corresponde a la verdad de los hechos.

Bernal Díaz, como actor y testigo, escribe desde la primera persona del plural, aunque en muchas ocasiones aparece el *yo*. Señala Emile Benveniste que el relato histórico excluye cualquier forma lingüística "autobiográfica", así como el tiempo presente, ya que la enunciación histórica corresponde a la tercera persona y a los tiempos del pasado. A pesar de ello, indica que sería interesante comprobar los efectos de estilo que nacen del contraste entre el tono del relato, que se quiere objetivo, y la expresión empleada, el perfecto en primera persona, forma autobiográfica por excelencia. El perfecto establece un lazo vivo entre el suceso pasado y el presente

en el que encuentra lugar su evocación (Benveniste, 244). Bajo la primera persona del plural subyace la idea de que la conquista fue llevada a cabo por un grupo, los "verdaderos conquistadores", que actúan colectiva e individualmente. Bernal Díaz hace referencia a sí mismo en muchos lugares de la obra, que empieza desde la primera persona del singula, "En el año de 1514 salí de Castilla"; se individualiza en su trato con Cortés, e incluso Moctezuma sobe su nombre. Donde alcanza mayor exasperación es al final, en el capítulo CCX, antes de iniciar el diálogo con la Fama; al orgullo jactancioso y algo ingenuo, se une su actitud de permanente resentimiento. En él se pasa del plural al singular: "nunca . . . ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos conquistadores, para nuestro rey y señor, y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mi me tenían en cuenta dellos, y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad" (651–2).

La perspectiva elegida por Bernal Díaz del Castillo es la del personaje presente en la acción, en que un testigo, a veces protagonista, cuenta la historia del héroe, en este caso colectivo. Esto implica, como señala J. Lozano que, un sujeto que escribe *su* historia, "es una historia singular referencializada a un sujeto singular que se inscribe en el relato mismo como productor del relato y de la acción que el relato narra. En este tipo de relato, la narratividad está subordinada a la posición explícita, en el relato mismo, de un sujeto narrador que dice 'yo'." (206). Como es testigo de vista no es un narrador ominsciente, de ahí que a menudo aluda a la falta de información sobre un suceso determinado, o al olvido. Este tipo de narración, más o menos pura, hace que se recurra en muy pocas ocasiones al diálogo. Dejando a un lado la vigorosa personalidad de nuestro autor, está claro que el texto gana en veracidad y persuasión al ser narrado desde la primera persona, pero necesita de otros medios. Bernal Díaz del Castillo no puede echar mano de un estilo noble, el que convendría a la grandeza de los hechos, para el que se necesita una habilidad retórica que no posee; por otro lado, no puede narrar en el tosco lenguaje de la epístola de un soldado. Bernal Díaz del Castillo, además, necesita que su recuento de hazañas tenga un alto grado de comprobabilidad, por ello se ha hablado de "crónica personalizada" o de "memorial". De ahí que se le plantee constantemente el problema de cómo narrar y organizar el inmenso caudal de sus recuerdos y lecturas.

Nuestro soldado se preocupa por el orden de la materia. Los preceptista de la historia hacían hincapié en que todo debía contribuir a formar una unidad, hermosa y agradable. Este es el propósito de Gómara, que dice en el prólogo: "Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta; empero decir cómo, es dificultoso; y así, siempre suele haber diferencia. Por tanto, debe contentar quien lee historias de saber lo que

desea en suma y verdadero, teniendo por cierto que particularizar las cosas es engañoso y aun odioso . . . la brevedad a todos aplace" (155).

Bernal Díaz del Castillo no practica la retórica de la brevedad, pero cuando ya se cansa de describir combates, dice: "e no lo pongo aquí por capítulos lo que cada día hacíamos, porque me parece que sería de gran prolijidad o sería cosa para nunca acabar, y parecería a los libros de Amadís e de otros de caballería" (384). Quiere separarse de las historias fingidas no sólo por su materia, sino también por su forma. Es sabido que *Amadís* es un punto de referencia para dar cuenta de lo desconocido, así en el conocido fragmento de la visión de México-Tenochtitlán (Gilman), o en la utilización de un léxico caballeresco. Incluso Sam Guyler ha apuntado la equivalencia entre Cortés y Amadís. Con todo no hay que olvidar que este tipo de lenguaje aparece también en otras crónicas e historias, de modo que la relación entre ambos géneros es doble. Díaz del Castillo, además, utiliza muchas de las técnicas de los libros de caballeria en la organización de la materia.

Folgelquist (129) señala que Amadís queda destacado a partir de los primeros capítulos del movimiento de vidas individuales, pero que es al mismo tiempo el progreso colectivo de toda una generación. Este modo es el elemental de la crónica, de modo que Montalvo cumple su papel de historiador. Frida Weber ha destacado lo que denomina un "sentido in crescendo" en el *Amadís*, que va dando cierto sentido de defensa territorial a las aventuras. El ascenso de Amadís es también el de sus compañeros, a la vez que se produce la caída de Lisuarte. Algo semejante encontramos en la *Historia verdadera*, pero con la diferencia de que el héroe no es solamente Cortés, aunque no se discuta su liderazgo, sino el grupo de "verdaderos conquistadores" que alcanza la misma importancia que la del héroe solitario que retrató Gómara. En nuestro texto se produce cierta degradación de Cortés, al acumular Bernal Díaz insinuaciones negativas, sobre todo en lo relativo a su avaricia. La figura de Cortés está vista con ironía en muchas ocasiones y con cierta ambigüedad. El declive y la caída de su poder se refleja claramente en la expedición de Higueras, llena de negros presagios, que es el reverso de la toma de México. También en nuestra historia tenemos los villanos, representados de modo simplista por Diego Velázquez y el obispo de Burgos, entre otros, dejando de lado los indios belicosos.

Recientemente, estudios como los de S. Guyler, A. Taylor o R. Brody, han puesto de manifiesto que la *Historia verdadera* sí que responde a una estructura, frente a la consideración de obra sin plan. Es claro que en muchos momentos resulta difusa y reiterativa; sobre todo después de la caída de Tenochtitlán la unidad parece perderse. Señala Guyler que si hacemos un cotejo de fechas y proporción de los capítulos se puede concluir, en líneas generales, que la *Historia verdadera* consiste estructural-

mente en dos elementos principales: la biografía y narración de una serie de sucesos, que están presentes a lo largo de toda la obra. Hasta la caída de México el elemento biográfico está subordinado a la narración de sucesos, y a partir de ahí, sucede lo contrario. Además, Bernal Díaz no escribió sobre *todo* de forma indiscriminada. Sus digresiones y comentarios tangenciales son parte de su técnica narrativa.

La *Historia verdadera* comienza con la salida de Castilla de su autor. En este punto ya se diferencia de la de Gómara, que de acuerdo con su concepto aristocrático de la historia, comienza por la genealogía y nacimiento de Cortés y termina con su muerte. Se plantea el problema del comienzo, medio y fin. La preceptiva recomendaba que la historia, a diferencia de la poesía, empezara siempre por el principio, lo que hacen ambos cronistas. El hecho de que la perspectiva adoptada sea diferente va a traer consecuencias no sólo ideológicas sino estructurales. Gómara, como más tarde Solís, apenas se preocupa de dar cuenta de otros hechos que los llevados a cabo por su héroe; Bernal Díaz intenta hacer lo contrario, por ello en él va a tener mucha mayor importancia la amplificación. Bernal acumula detalles y pequeños motivos que rompen el hilo del relato. No es que Gómara, Argensola o Solís no introduzcan digresiones, que estaban justificadas por la preceptiva; lo que sucede es que en Bernal Díaz del Castillo son mucho más abundantes. Las constantes salidas del orden casi siempre son indicadas, lo que implica cierto dominio de la materia, que se ramifica.

Roland Barthes 37–43explica que los signos que denotan la presencia del protagonista en el acto de la enunciación se pueden referir al lector o al emisor. Tienen interés ahora los signos de organización del discurso en los que el enunciante se manifiesta directamente en el enunciado, que de algún modo fusionan el yo o el nosotros historiográfico con el histórico. En estos casos Díaz del Castillo mantiene una especie de diálogo con los lectores, a los que suele llamar "curiosos", y al final de la obra "licenciados". Bernal Díaz del Castillo se da cuenta de los posibles reproches y preguntas que le pueden hacer a su texto y trata de resolverlos cautamente en la misma escritura. Para ello utiliza fórmulas del tipo "y por que los lectores sepan", "miren los curiosos lectores", "digan ahora todos los caballeros que desto del militar entienden".

La presencia del autor se hace palpable en fórmulas retrospectivas y prospectivas. Con este tipo de intervenciones se van trazando las líneas temporales que constituyen la disposición interna de la materia narrativa, a la vez que se establecen relaciones con el tiempo del relato. Gerard Genette (82) llama *prolepsis* a cualquier maniobra narrativa consistente en contar o evocar un suceso ulterior, y señala que el relato en primera personal se presta mejor que ningún otro a la anticipación, ya que autoriza al narrador a aludir al futuro y particularmente a su situación presente.

Estas fórmulas sirven también para poner en antecedentes al lector, y la explicación de los hechos viene siempre dada después. En muchos casos resultan amplificatorias o abren períodos amplifactorios, por ejemplo:

> Y aunque vaya muy fuera de mi relación y pase adelante, es por lo que ahora diré, que al cabo de dos años alcanzamos a saber todo lo que por mí aquí dicho de las cartas de Cortés y del Albornoz; porque lo escribió Martín Cortés, de la corte; y para que sepan los curiosos lectores cómo siempre tenía por costumbre el mismo Albornoz de escribir a su majestad lo que no pasó. (506)

En la mayoría de las ocasiones utiliza fórmulas de cierre de capítulo y anuncia la materia del siguiente: "y lo que allí se hizo lo diré adelante", "pasemos adelante, e diremos cómo acordamos ir a México". Otras veces la anticipación es mayor, como en el largo anuncio de la ciudad de México. Estas fórmulas no favorecen la tensión narrativa.

Las fórmulas retrospectivas, la *analepsis*, hacen alusión a lo contado anteriormente y sirven de recuerdo al lector. En algunas ocasiones Bernal Díaz del Castillo hace un resumen de los sucesos anteriores cuando tiene que contar algo relacionado con ellos o que es su consecuencia directa. Es decir, las "necesarias recapitulaciones" que debe hacer el historiador para no perder el orden. Al comienzo del capítulo puede aparecer un impreciso "ya he dicho que" o en forma más desarrollada "Hay necesidad que algunas cosas desta relación vuelvan muy atrás, para que se entienda bien lo que se escribe".

Por otra parte, con el "acuérdome", y el "dirán que siempre salgo de orden al mejor tiempo por contar cuentos viejos", y otras fórmulas, Díaz del Castillo introduce recuerdos, generalmente referidos a su persona, o informa de lo que le ocurrió a un personaje en el futuro. En varias ocasiones se opone el pasado al tiempo de la escritura. Un caso muy claro es el siguiente: "y yo dije a mi compañero que se quedase en el puesto, que en aquella sazón no me pesaban los pies como ahora, que soy viejo" (79). La participación activa por parte del historiador en el acontecimiento histórico explica la inclusión de datos autobiográficos esparcidos en su obra. Las referencias a la intensidad del recuerdo actual autentifican el relato del pasado y producen una asincronía. Casi siempre están justificadas por una motivación de lograr mayor veracidad, invocando cada vez las cosas como han sido vividas y como son recordadas.

Las apelaciones al lector se hacen también cuando se acude al tópico de la *brevitas*, que según la retórica clásica es una de las "virtutes narrationes". Frente a la virtud de la brevedad ejercida por López de Gómara, en la *Historia verdadera* no pasa de ser una fórmula con la que su autor intenta salvar distintos problemas, e incluso tiene una función explanatoria o, como señala R. Brody, irónica (327–8). Así, Bernal Díaz recurre a ella

para evitar al lector la narración prolija de los hechos o cosas similares ya descritos, como es el caso de las batallas:

> Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y más cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y a los lectores les parecerá prolijidad recitarlas tantas veces, ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallábamos a la continua, mas de aquí adelante, si lo pudiere excusar, no lo traería tanto a la memoria en esta mi relación. (399)

Frente a la *abreviatio* está la *amplificatio*, que, como indica E. Faral (62 y ss), era la principal tarea del escritor medieval. La tendencia de los autores a alargar el relato lleva consigo, lógicamente, consecuencias estructurales, sobre todo en obras tan extensas como los libros de caballería o en nuestra historia, cuya estructura tiende a ser digresiva y episódica. W. Ryding (65-66) distingue dos tipos de amplificación: la retórica y la material. En el primer caso el escritor cuenta la historia tal como la oyó o leyó reproduciendo los hechos en el mismo orden, con descripciones detalladas de personajes, lugares, conversaciones. La amplificación material permite la inserción de motivos procedentes de otros géneros coetáneos. En ella podemos incluir tanto los romances intercalados, como, por ejemplo, la descripción de la fiesta y banquete que se celebraron en México cuando las vistas de Aguas-Muertas, que podría estar incluida en cualquier obra del género caballeresco.

Otro motivo, éste estructural, que puede incluirse en la amplificación material es el de la profecía. En la *Historia verdadera* encontramos en primer lugar al loco Cervantes, que anuncia a Diego Velázquez el alzamiento de Cortés: "A la gala de mi amo; Diego, Diego, ¿qué capitán has elegido? Que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura. Mas temo, Diego, no se alce con el armada, que le juzgo muy gran varón en sus cosas." (37). Bernal Díaz culpa a los amigos de Velázquez de haber pagado al truhán para que dijera sus malicias. Ni Gómara ni Solís dan cuenta del episodio, aunque lo hacen del viejo Juan de Millán, "que profesaba la astrología", del que también habla Bernal y que advierte a Velázquez. Otra profecía es la del astrólogo Botello, el nigromántico, que aconsejó a Cortés que se marchasen esa misma noche de México. Ni Díaz del Castillo ni Gómara ni Solís dieron crédito a la profecía, aunque si lo hizo Cortés. Bernal Díaz del Castillo comenta con ironía que "al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología que también allí murió con su caballo" [286].

Al lado de estas profecías, que no hay que olvidar que eran un elemento constitutivo de la historia, están las de los mexicanos. No es necesario insistir en ellas: la creencia de que vendrían del Este hombres blancos que se apoderarían de su imperio, los signos anunciadores, el considerar al

principio que los españoles eran teules, etc., de las que dan cuenta tanto las relaciones indígenas como las españolas. A esto se añade el capítulo CCXIIbis que trata de las señales del cielo, cataclismos naturales, una tempestad en la que llovieron sapos y que fue achacada a una blasfemia proferida por doña Beatriz de la Cueva, mujer del adelantado Pedro de Alvarado, al creer que éste había muerto.

Otro tipo de amplificación es la retórica, que se sirve de la descripción para alargar el texto. Al principio, Bernal Díaz ve con ojos asombrados las nuevas tierras y se detiene sobre todo en la descripción de vestidos y armas de los indios, y en la de los adoratorios, que desaparecen al avanzar la escritura. En muchas ocasiones para acercar lo desconocido a lo conocido, utiliza a Castilla como término de comparación, práctica común para resolver problemas de descripción. Lo que apenas hay en la obra de Bernal Díaz es la presencia de la naturaleza y del paisaje. Tenemos la visión del Popocateptl y la dureza de las selvas de Guatemala, pero siempre considerados en función de la acción. En cambio, los diversos aposentos del palacio de Moctezuma están vistos con detalle, así como sus costumbres.

Algo más detalladas son las descripciones de los personajes. Además de las noticias que va dando sobre Cortés y sus capitanes, dedica el capítulo CCVI a las "estaturas y proporciones y edades que tuvieron ciertos capitanes valerosos y fuertes soldados que fueron de Cortés". La figura del capitán está vista con ambigüedad y en ocasiones se sirve de refranes para la caracterización psicológica ("cabra coja no tenga siesta", "tu me lo pides, yo me lo quiero"). Cuando Cortés entra en la historia, en el capítulo XIX, se le ve como un "buen hidalgo", se menciona a sus padres, se alude a su buena situación en Cuba, a su boda con Catalina Suárez Pacheco. Pero la primera descripción la ofrece en el capítulo siguiente, donde lo muestra preocupado por su persona, en la que gasta más de lo debido. Después del hundimiento moral que se produce en la expedición de Higueras, lo vemos nuevamente alzado en Castilla al concedérsele el título de Marqués del Valle. Muere allí a los 62 años. La descripción más completa está en el capítulo XXIV, y en ella se sigue el plan retórico. Primero lo físico y luego lo moral, y en el orden apropiado: de arriba abajo. La situación de la descripción de Cortés al final de la obra corresponde al lugar donde solía ir en las historias, aunque Jerónimo de San José recomienda que se haga al principio para conocer de antemano el carácter de los personajes.

La alternancia es considerada como una forma de la *digressio* (Ryding; Vinaver, 80). El autor se sirve de esta técnica para amplificar el texto; por medio de ella se alarga la narración presentando, por ejemplo, nuevos personajes a los que se asigna uno o varios capítulos. Para Tzvetan Todorov (72) la alternancia es, junto al encadenamiento y a la inserción, un procedimiento más del que dispone el autor para relacionar una, dos o más

historias ocurridas en distintos espacios, en la mayoría de casos en tiempos simultáneos, contadas interrumpidamente para ser recogidas luego. Del mismo modo, para Armando Durán, la alternancia o entrelazamiento es una forma de la *amplificatio* (126–7). El problema de cómo contar sucesos ocurridos en espacios diferentes y al mismo tiempo se le plantea constantemente a Bernal Díaz, que aunque no quiere salirse del orden cronológico, en muchas ocasiones se ve obligado a ello. Casi siempre lo advierte con fórmulas de este tipo: "y porque en una sazón acontecían tres o cuatro cosas, no puedo seguir la relación y materia de lo que voy hablando por dejar de decir lo que más viene al propósito; y a esta causa no me culpe porque salgo y me aparto de la orden por decir lo que más adelante pasa" (106). En estas ocasiones, Bernal Díaz del Castillo suele dedicar un capítulo a la acción de cada personaje; las fórmulas cierran el capítulo anterior y a veces reaparecen en el que se produce la alternancia. Excepto en acciones muy extensas, cada capítulo, sobre todo hasta la toma de México, suele corresponder a una acción.

Es difícil separar la alternancia del entrelazamiento. Para pasar de un personaje a otro, por ejemplo, el autor puede hacerlo sin aludir al hecho de la transición o bien justificarla utilizando fórmulas del tipo "dejar . . . volver", que advierten al lector del cambio que se opera. Estas técnicas, que se encuentran en los libros de caballerías, han sido estudiadas por Frida Weber (30–2) en el *Amadís*, y son uno de los medios para otorgar a la novela una configuración formal similar a la de los textos históricos. La fórmula "dejar . . . volver" es un nexo característico de la historia en prosa, como sucede en la *Primera crónica general*, y en verso, como es el caso del *Poema de Alfonso Oncena*, pero también aparecen en la prosa artúrica. La *Historia verdadera* está llena de digresiones de este tipo y a cada paso encontramos estas fórmulas con muy pocas variaciones, que suelen ir al final de la digresión. Este tipo de entrelazamiento hace que en muchas ocasiones se haga referencia al lector.

Como ejemplo de digresión que introduce un nuevo personaje, podemos considerar el capítulo XXXVII, en el que se se presenta a doña Marina, anunciada en el XXXVI: "Antes que más meta mano en lo del gran Moctezuma y su gran México y mexicanos quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fue gran señora de pueblos y vasallos, y es desta manera" (1982: 69). En el capítulo siguiente narra la truculenta historia de cómo fue abandonada por su madre y su nuevo marido a los indios de Xicalago, y la anagnórisis final. También adelanta lo que sucedió después: tuvo un hijo con Cortés y fue casada con Juan Jaramillo. La historia de la Malinche le recuerda la de José contada en la Biblia. Esta nueva digresión no lleva otra marca que la conjunción: "y esto me parece que quiere remedar", pero en cuanto la termina utiliza la fórmula de entrelazamiento:

"E volviendo a nuestra materia". Finalmente, este capítulo se cierra con otra fórmula para enlazar con el anterior al que acabamos de leer: "Donde lo dejaré y volveré a decir".

En resumen, la verdad histórica para Bernal Díaz se basa en lo visto y lo vivido, por lo que se quiere apartar tanto de los cronistas que escriben "por relación" como de las historias fingidas; pero, paradójicamente, al carecer de modelos, tiene que echar mano de técnicas procedentes de los libros de caballerias. Las relaciones entre historia verdadera y fingida son muy complejas, porque estos procedimientos— además de otros no mencionados como el uso del superlativo, el sobrepujamiento, etc.— se utilizan también en la historiografía medieval. Lo que si parece evidente es que Bernal Díaz del Castillo es un escritor arcaizante y no sólo por la reiteración de alugnas expresiones entonces ya en desuso, sino por el modo de organizar la materia. Dan unidad a esta narración digresiva, además de las técnicas consideradas, la repetición de obsesiones, las acciones de descubrir, conquistar y poblar. Y, por encima de todo ello, la constante presencia del narrador testigo Bernal Díaz del Castillo, "vecino y regidor de Santiago de Guatemala, y natural de la muy noble e insigne y muy nombrada villa de Medina del Campo" (640).

Rosa Pellicer
Universidad de Zaragoza

BIBLIOGRAFIA

Barthes, R. y otros, "El discurso de la historia". En *Estructuralismo y literatura* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1970). 35-50.

Benveniste, E. "Les relations de temps dans le verbe français". En *Problèmes de linguistique générale (Paris: Gallimard, 1981): 237-250.*

Brody, R. "Bernal's Strategies". Hispanic Review; vol. 55:3 (summer 1987): 323-336.

Collingwood, R. D. *La idea de la historia*. México: FCE, 1965.

Díaz del Castillo, B. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. de C. Sáenz de Santamaría. Madrid: CSIC, 1982.

Duran, A. *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*. Madrid: Gredos, 1973.

Faral, E. *Les arts poétiques du XIIe et du XIIIe siècle*. Paris: Librairie Honoré Champion Editeur, 1958.

Folgelquist, J. D. *"El Amadís" y el género de la historia fingida*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982.

Frankl, V. *El "Antijovio" de González Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y del manierismo*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1963.

Genette, G. *Figures III*. Paris: Editions du Seuil, 1972.

Gilman, S. "Bernal Díaz del Castillo and *Amadís de Gaula: Studia Philologica Homenaje a Dámaso Alonso* (Madrid: Gredos, 1961) II: 93-113.

Guyler, S. L. *A Literary and Historiographic Analysis of Bernal Díaz del Castillo's "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España"*. Ann Arbor: University Microfilm International, 1983.

Hartog, F. "El ojo del historiador y la voz de la historia". En T. Todorov y otros, *Cruce de culturas y mestizaje cultural* (Madrid: Júcar Universidad, 1988): 71–89.
Iglesia, R. *El hombre Colón y otros ensayos*. México: El Colegio de México, 1944.
Leonard, I. A. *Los libros del conquistador*. México: FCE, 1979.
Lopez de Gomara, F. *Hispania Vitrix. Primera y segunda parte de la historia general de las Indias*. Madrid: BAE XXII, 1925.
Lozano, J. *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Universidad, 1987.
Rodriguez de Montalvo. G. *Amadís de Gaula*. Ed. de J. M. Cacho. vol. 1 Madrid: Cátedra, 1987.
Ryding, W. *Structure in Medieval Narrative*. The Hague-París: Mouton, 1971.
Vinaver, E. *The Rise of Romance*. Oxford: The Clarendon Press, 1971.
Taylor, A. *Análisis del "discurso histórico" en Bernal Díaz del Castillo*. Ann Arbor: University Microfilms International, 1985.
Todorov, T. *Litterature et signification*. Paris: Larousse, 1967.
Weber, F. "Estructura novelesca del *Amadís de Gaula*" *Revista de Literaturas Modernas* (Mendoza) 5 (1967): 29–54.
White, H. *Topics of discourse. Essays in Cultural Criticism*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1978.